

Deja la curiosidad... Si te apartas de conversaciones superfluas y de andar ocioso y de oír novedades y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y á propósito para entregarte á santas meditaciones... Los mayores santos evitaban cuanto podían las compañías de los hombres y elegían el vivir para Dios en su retiro... Dijo uno: Cuantas veces estuve entre los hombres volví menos hombre. Lo cual experimentamos cada día cuando hablamos mucho... Más fácil cosa es callar siempre, que hablar sin cesar... Más fácil es encerrarse en su casa que guardarse del todo fuera de ella...» ¿Qué le parece á usted? ¿No merece este tuno una buena soba para que se quite de su hablar sibilino?

El quince de Noviembre, lo recuerdo con toda precisión, el día amaneció frío, triste y nebuloso; salimos un poco más tarde de lo acostumbrado, y el Emperador iba un si es no es displicente y meditabundo. Bilimeck se alejó un poco y volvió trayendo unas hojas que presentó al príncipe.

— Para mi castillo... *Liquidambar stigraciflua*... Solían los mexicanos mezclar la goma de este árbol con el tabaco... Quisiera saber cómo caminan las cosas en mi casa para dar indicaciones acerca de la colocación de los cacteos que he mandado... Pero pronto estaré allá y entonces todo marchará en orden.

Acabaría Maximiliano de decir esto cuando llegó un

criado trayendo unas cartas que puso en manos del príncipe.

— Lo de siempre, dijo fastidiado mirando los sobrescritos. Castelnau, Bazaine, Lares, Lacunza, Pierron... Hay que leerlo todo en casa.

Y entregó las cartas á Bilimeck para que las pusiera en una bolsa de su enorme capote.

— Pero aguarde usted, profesor, aquí viene una carta de Europa... ¿De quién será la letra? preguntó dándole vueltas al pliego.

Lo abrió y empezó á leer con indiferencia, luego leyó con interés, al fin con ahinco.

— ¡Ese excelente Eloin!... ¡Qué fiel y qué honrado es! Me escribe una carta conmovedora... ¡Y qué al tanto está de la política y de las circunstancias de los gabinetes europeos!... Aquí no le comprendieron, no se figuraron la importancia que tenía y cometieron con él muchas injusticias...

Dió orden el Emperador para que el carruaje anduviera más de prisa, y cuando el pobre Bilimeck, creyendo poner una pica en Flandes, habló no sé qué de abdicación, el archiduque le echó una mirada de odio y le dijo violento y disgustado:

— ¿Y quién ha dicho que yo vaya á abdicar? A nadie le he manifestado la idea de hacer semejante barrabazada; pero si pensara en ella no sería ahora, bajo la in-

fluencia de los traidores franceses... No he de darle á Napoleón el placer de evitarse las consecuencias fatales que le traerán sus picardías... Abandonar la empresa antes de que partan las tropas francesas, sería un acto de debilidad, y yo no cometo debilidades nunca!... Tengo el poder por un acto libre del pueblo mexicano, y al pueblo mexicano tengo que entregarle el depósito que me ha confiado ó que solicitar de él el apoyo material y financiero que necesito para sostenerme... ¡Qué más quisiera Badinguet sino que yo volviera á Europa obscuro y desacreditado! Pero no lo ha de ver: llegaré con el prestigio que me acompañaba á la salida y desempeñaré el importante papel que me toca: Austria está conmovida; Italia pasa por una crisis; hay que ir á recoger lo que no tardará en darme la fortuna con mano pródiga; pero hay que esperar á que se marchen los franceses; hay que demostrar que el exclusivo ascendiente del príncipe Maximiliano consigue más que las bayonetas de Bazaine, y una vez que esto se haya alcanzado, entonces abdicaré honrosamente, noblemente, discretamente... Desearía Napoleón verme llegar á Austria para encerrarme en un convento como el emperador poeta Carlos V... Yo no haré lo que mi ilustre abuelo; yo conquistaré la gloria y la posición que me corresponden.

Se limpió el sudor de la frente y continuó con ademán épico:

— El hombre del dos de Diciembre se figura que estoy muerto y enterrado. Quizás lo esté, pero mi entierro se parece al de Cristo: se está elaborando en el fondo del sepulcro la transformación que me ha de permitir levantarme al tercer día radiante de gloria y de majestad...

No había remedio, el hombre estaba perdido; el buen juicio se había escapado al impulso de no sé qué racha repentina y era imposible atrapar de nuevo á aquella avecilla que tan pasajeras estancias solía hacer en el cerebro de Su Majestad.



EL PADRE FISCHER

Llegamos á la casa y encontró en la puerta á Fischer sentado cerca de una mesa y saboreando una copa de Málaga con el mismo gesto con que habría alzado el cáliz á la hora de la consagración.

— Padre, le dijo abrazándole, tenemos que hablar,

mucho que hablar. Ya verá usted qué concordato preparo...

— Vuestra Majestad... balbuceó el otro.

— Pase usted y hablaremos.

Y entraron á los aposentos como dos buenos camaradas.

En los días sucesivos ya no era Bilimeck quien salía á la caza de mariposas. Se quedaba dentro del carruaje y Maximiliano cogía la trampa deseoso, contaba, de hacer ejercicio y mover los miembros. El pobre botánico estaba enamorado de mí tan por lo sublime, que no se atrevía siquiera á tocar mis manos. Decía que mis miradas le volvían loco, que poseían un magnetismo extraño, que yo era su diosa, su ángel, su bello ideal;—esto del bello ideal, que ahora no lo usan más que los cursis más desafortunados, era entonces lo más chic que se conocía.

Aunque parezca falta de pudor, debo confesar que no me desagradaban aquellas inocentadas, que en mi cerebro estragado hacían el efecto que debe de hacer una taza de tila en el estómago de un borracho acostumbrado á los aguardientes más *rasposos* y tremendos; pero no dejaba de darme risa el ver hecho un chiquillo de escuela á un señor con anteojos y levita, profesor de la Universidad de Stuttgart y caballero de segunda clase de la Aguila Negra.

A poco empezó á acompañarnos Fischer; pero ya no era el curita diplomático que se sacaba el lazo cuando se

trataba de discurrir sobre los sucesos citando versículos de la *Imitación de Cristo*; se había vuelto más osado, más indiscreto y más parlanchín que le habíamos visto nunca.

Una de aquellas mañanas el Emperador se tardó en la excursión más de la cuenta y al fin volvió con las redes vacías. Llegó enjugándose el sudor del rostro, y con tal brío y animación en la mirada, que no parecía sino que le habían infiltrado nueva vida.

— ¡Qué buena caza! exclamó.

— ¿Quedó contento Vuestra Majestad de su excursión? preguntó el Padre.

— ¡Oh, sí, contentísimo!

— ¿Cazó Vuestra Majestad algún ejemplar notable?

— Claro que sí, pero no mariposa, sino león.

— ¿León?

— ¿León en Orizaba?

— Sí, contestó con agudeza; un león que andaba ruando y que hoy tuvo la condescendencia de dejarse coger por mí.

— Pero, observó Fischer con los ojos brillantes y frotándose las manos de satisfacción, la fiera no parece tan indomable, pues se la vió paseando por estos llanos en compañía de Vuestra Majestad.

— Sí, me acompañó á mis paseos; por señas que es una insignie cazadora de mariposas.

Aquello, que podía tener un sentido oculto ó ser una

pura simpleza, dejó de interesarme por el momento, y mientras no podía conocer su esoterismo. Bilimeck estaba tan en babia como yo. Pero cuando más entretenidos se hallaban los autores de la alegoría regocijándose con su agudeza, se acercó al coche ¿quién diréis? el mismísimo Miguel Miramón, vistiendo un sencillo traje de cazador y cubierto con un gabán de entretiempos.

— Señor general.

— ¡Hola, Miguel!

— Pase usted.

— Aquí, á mi lado.

— ¿Incomodo á Vuestra Majestad?

— No incomoda usted nunca.

— ¿Desde cuándo por Orizaba?

— No sabíamos que estuviera usted en el país.

— Señores, nos interrumpió Maximiliano, tengo el gusto de presentarles al señor general don Miguel Miramón, mi amigo de siempre, mi ayudante de campo, general de ahora y el futuro jefe de los ejércitos imperiales...

— Mucho gusto.

— Que sea por muchos años.

— ¡Pero qué caza, qué caza hizo Vuestra Majestad! exclamaba Fischer riendo á voz en cuello. Esta pieza vale más que cuanto podía haber conseguido en muchos años.

— Eso, á usted lo debo.

— Se debe á Vuestra Majestad.

- ¡Que sea para bien de la nación!
 — ¡Que sea para bien del imperio!
 — ¡Que sea para bien de la Iglesia!

A mediados del mes el Emperador me recomendó tuviera cuenta que se hallara todo á punto en una serie de aposentos que se destinaba á varios huéspedes próximos á llegar.

— Son los Consejos, el de ministros y el de Estado, que han sido convocados por el Emperador para consultarles acerca de su abdicación, me dijo Bilimeck con una sombra de esperanza.

— Pero ¿todavía se habla de eso?

— ¡Ya lo creo que se habla, pues no se sabe aún con qué recursos cuente Su Majestad para sostener la situación en el evento de que se decida á quedarse en México!

— ¿Evento? ¿Pero no era ya cosa arreglada?

— Sí, es claro, pero habrá tantos detalles que tenga que disponer...

Y en efecto, fueron llegando en las diligencias del jueves, del viernes y del sábado muchas levitas grises, muchos sombreros Maximilianos, muchas calvas hasta el colodrillo, muchas notabilidades de la situación y muchas excelsas nulidades. Ya no había punto de la casa en que no se sorprendieran diálogos, en que no se viera manotear, en que no se miraran personas que se hacían mutuamente señas de guardar silencio.



— Que sea para bien de la Iglesia.

Estaba yo presente cuando llegaron en un cochezote del modelo más viejo los dos hombres cuyo dictamen se aguardaba con mayor impaciencia: Lares y Lacunza. Los que ahora me lean no necesitan para figurarse á estas dos personalidades más que recordar un cromó de á peseta que corre por estanquillos y carnicerías: el que vendió al crédito y el que vendió al contado.

Lares era viejo, seco, avellanado, con la piel del rostro pegada á los huesos, con una naricilla ruin y sin carácter y con una calva y unos anteojos que le hacían aparecer mayordomo de monjas ó presidente nato de alguna archicofradía. Su entusiasmo era tan grande á la llegada, que al ver á Su Majestad que esperaba en el patio de la casa, le dió uno de esos abrazos apretados, de rancho satisfecho, que el soberano no quiso evitar.

Lares había sido liberal, de esos Marats para el uso de las familias de buena posición que inventó aquí el finado Otero. Mas de liberal moderado pasó á mocho rabioso, comprendiendo tal vez que en esos tiempos había que ser descamisado ó sacristán, y como representante de los clericales estaba en Orizaba. Maximiliano le apreciaba mucho y le tenía por lo que era, por un jurista muy hábil y no distante de las ideas modernas.

Lacunza era gordo, chaparrón, bien dado, con panza y papada á estilo de persona satisfecha de la vida y de la situación. Liberal moderado, hombre instruídísimo, ora-

dor no exento de gallardía, administrador honrado y fiel, en aquellos días representaba al partido llamado por antonomasia *maximilianista*, es decir, al que sin arrimarse resueltamente á los conservadores ni á los chinacos, miraba la persona del príncipe como bandera que simbolizaba la patria, el Gobierno y todo lo más elevado y grande; sistema cómodo y nada ocasionado á equivocaciones que ha sido imitado después con fruto muy grande por gentes más avisadas que los pobres maximilianistas.

La llegada y el saludo de Lacunza no fueron tan cordiales y efusivos como los de su amigo y colega; pero el Emperador sí le recibió con particular afecto y con muestras grandísimas de distinción.

También llegaron Cortés Esparza, que era visto como el representante de Juárez en el ministerio y que según la opinión de los prudentes traicionaba al príncipe del modo más claro; Siliceo, otro que iba para ministro juarista y que por equivocación cayó en el ministerio de Maximiliano; Linares, á quien tenían por legista muy habilidoso, y Méndez, que lo era y lo sigue siendo hasta ahora.

Los diez y ocho consejeros y los cuatro ministros deliberaron desde el sábado veinticuatro hasta el lunes veintiséis, sin más espacio que el preciso para salir á comer los primores de mesa que se les tenía preparados y para descabezar un sueñecito como de prisa y corriendo.